

RAÚL CARONTE



LA
MEMORIA
DE LAS
NUBES

SIREN  BOOKS

RAÚL CARONTE

LA
MEMORIA
DE LAS
NUBES

SIREN  BOOKS

Primera edición: mayo 2022

© de la obra: Raúl Caronte, 2022

© de la corrección: Patricia Rouco

© diseño de cubierta e ilustraciones: Irene Muñoz de Torres

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2022

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-124837-4-1

Depósito legal: M-13108-2022

IBIC: YFG

Impreso en España

Trigger warning:

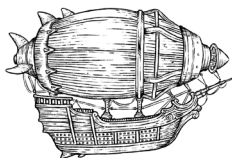
descripción explícita de escenas violentas,
sangre, agujas, alucinaciones, drogas, racismo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

*Para Laura,
porque jamás nadie será capaz
de escribir una historia más perfecta que la nuestra.*

1

LA MENSAJERA



Las turbulencias no impiden que Renée desempeñe su trabajo con la maestría que acostumbra. De hecho, correr de una punta a otra del zepelín durante las sacudidas del temporal pone a prueba su equilibrio, y Renée adora los desafíos. Sabe que es la mejor mensajera del cielo porque sus entregas son rápidas e impecables. Así que unas corrientes revoltosas no van a arrebatarle el título, ni mucho menos.

Lo ha calculado muchas veces. La distancia entre los extremos más alejados de cualquier planta de Casiopea equivale a unos cuatro minutos corriendo. Tal vez otros tripulantes tardarían hasta seis, pero ella cada día mejora su marca. Todo depende de cuántas personas se cruce por los pasillos centrales. Está segura de que, si un día estuvieran totalmente vacíos, podría bajar de los tres minutos.

—No quiero ser aguafiestas. Solo te recuerdo que los robots domésticos no estamos programados para estos trotes —se queja Geary, que rueda a toda velocidad a su lado—. Lo nuestro es dejar la habitación bonita, contar chistes malos, ser adorables...

Renée resopla, aunque no porque le falte el aliento. Correr no la agota; los lloriqueos constantes de Geary, sí.

La pantalla facial del robot muestra unos ojos con expresión de enfado. Geary tiene forma ovalada y no es muy alto; a Renée le llega a la altura de los muslos. Se desplaza con una gran rueda en la parte inferior y puede trepar gracias a unos brazos retráctiles que acaban en robustas pinzas de tres dedos. Su color cobrizo refleja cualquier haz de luz, provocando molestos destellos cuando Renée hace su trabajo. Y, a pesar de todo, son amigos inseparables.

Acelera el paso y piensa en lo evidente que es que los pasillos centrales de Casiopea están mucho más descuidados que las galerías laterales: la madera cruje a cada paso y el mobiliario es escaso y anticuado. Las galerías son amplias, de techos altos y con ventanales que dan a la cubierta, mientras que los pasillos centrales son laberínticos y tan oscuros que se ven obligados a usar luz artificial. Por eso alguien decidió ubicar allí la mayoría de las dependencias de los veteranos y los trabajos más administrativos, y es habitual el vocerío y el tránsito de unas puertas a otras. Sin embargo, para Renée esos pasillos son los caminos más rápidos para entregar sus mensajes, ya que las populares galerías recorren ambos laterales, de proa a popa, y, aunque podrían parecer caminos más directos, su forma curvada y los desniveles la ralentizan más de lo deseado.

De pronto, alguien se cruza delante de ella y no puede frenar a tiempo.

—¡Perdón! —se disculpa Renée.

Acaba de chocarse con Kwan, uno de los tipos más corpulentos de Casiopea, que estaba agarrado a una repisa del pasillo a causa de las turbulencias. Geary se detiene a su lado y apaga los ojos enfadados de su pantalla.

—No importa —responde Kwan, mirándola con indiferencia. Da la impresión de que ni siquiera ha sentido el impacto—. ¿Mensaje urgente?

Renée se recoloca la capa de lana que le cubre el lado derecho y finge una sonrisa cordial.

—Todos lo son —responde ella.

—¿No teníamos prisa? —pregunta Geary, tan desconsiderado como siempre.

Pese a sus malas formas, el robot tiene razón: hay un mensaje que entregar. Kwan levanta una ceja con estupor.

—Hasta luego, Renée —se despide—. Dile a Yvonne que esta tarde morderá el polvo.

La mensajera se ajusta la goma de la coleta y echa a correr de nuevo.

—¡No sé si me atreveré a decírselo! —grita a Kwan cuando ya ha empezado a alejarse.

El robot enseguida la alcanza y se coloca a su lado. Sorteando a dos o tres tripulantes que se han sentado en el suelo hasta que se relaje el temporal.

—Eres bastante maleducado, Geary —sentencia Renée.

—Y tú te distraes con demasiada facilidad.

Un tirabuzón rojizo le revolotea por la cara y se lo coloca detrás de la oreja, para que segundos después vuelva a caerle sobre la frente. Muchas veces se ha planteado cortarse la melena, pero todo el mundo adora sus rizos pelirrojos y, para qué negarlo, ella también. Sin embargo, cuando trabaja corriendo de lado a lado, se ve obligada a recogerse el pelo, que lucha con rebeldía por salirse de la maldita goma una y otra vez.

Renée tiene los ojos y la piel muy claros. Como consecuencia, la luz cegadora que se cuela por los ventanales del zepelín le suele molestar más que a los demás y siempre la hace llorar involuntariamente. A veces llega a los destinatarios de los mensajes con lágrimas resbalándole por el rostro y se asustan al deducir que es portadora de horribles noticias. Al menos, cuando lo son de verdad, parece una joven muy empática.

Por fin han cesado las turbulencias.

—¡Escaleras! —Renée avisa al robot.

Dobla la esquina y comienza a bajar unas escaleras hasta la primera planta. Geary la sigue, pero su rueda patina en el tercer peldaño. Renée lo agarra antes de que caiga escaleras abajo y lo coloca sobre su hombro izquierdo. El robot muestra un corazón en su pantalla como agradecimiento.

El zepelín Casiopea consta de cuatro plantas y alberga algo menos de quinientos habitantes. Todas, excepto Bodega, tienen la misma

estructura y constan de amplias galerías luminosas que recorren babor y estribor y un amasijo de pasillos centrales estrechos y confusos. Paredes, suelo y techo están cubiertos de madera, aunque su función es sobre todo estética, ya que debajo hay fuertes estructuras metálicas que los aíslan del exterior.

Casiopea puede presumir de dominar un territorio aéreo muy extenso en comparación con otros zepelines. Su lema es: «Casiopea, fuerte como una tormenta y resplandeciente como una estrella». Y es que, entre las nubes, sus únicos referentes están en el cielo. Los tripulantes asumen que tal vez, en algún momento de la historia, las personas vivían en tierra firme, aunque es un mundo que jamás conocieron ni conocerán. Todos saben que la humanidad dejó eso atrás hace mucho tiempo. Hoy en día, el único lugar habitable está en la parte alta de la troposfera.

Un grupo de ingenieros obstaculiza la trayectoria de Renée por las escaleras. Ella se echa a un lado, se sienta en la barandilla y se desliza los cinco metros que quedan hasta la primera planta.

Deja a Geary en el suelo otra vez.

—Claro que sí, ¿para qué usar los elevadores? ¿A quién le importa el pobre Geary? —refunfuña su acompañante.

—Eres un gruñón. Los elevadores son muy lentos y siempre están averiados. ¿Te he llevado a cuestras y también te parece mal?

—Casi me abro la carcasa con esos malditos escalones. ¿Por qué no ponen rampas? No encuentro Casiopea bien adaptado a todas las realidades de nuestra comunidad y deberíamos presentar una reclamación a Mamá.

—Te recuerdo que fuiste creado, como el resto de robots, para no salir de la habitación de tu dueña —señala Renée.

—Punto uno: soy un alma libre y si estoy contigo es porque me da pena tu discapacidad. Punto dos: en realidad, me adoras.

Renée se ríe y le da un pequeño empujón amistoso que casi lo desestabiliza.

—Cállate un poco, llorica, que ya llegamos.

Se detiene frente a la verja de Herrería, probablemente el lugar más espacioso de la primera planta, muy bien comunicado con las

galerías y varias escaleras pese a localizarse en el centro del zepelín. Hace sonar la campana que cuelga bajo el cartel desgastado y vuelve a recolocarse la capa para cubrir totalmente su hombro derecho.

—Un día se te va a enganchar ese trapo en algún lado —dice Geary—. Al menos deberías cortarlo para que no baje de la cintura, ¿no crees?

—Habíamos quedado en que no ibas a hablar.

La verja se abre, pero Renée y Geary no pasan. Tienen que esperar. Ya han venido otras veces y saben que a los herreros no les gusta que entren en su lugar de trabajo.

El olor de la fundición impregna el aire en cuestión de segundos. Se escuchan martillazos y tintineos de los metales, así como carcajadas y gritos de los trabajadores. Renée se pregunta por qué en ese departamento incluso las mujeres tienen la voz tan ronca y grave. ¿Será por el humo que inhalan a diario?

La supervisora Jimena llega hasta la puerta y la saluda mientras se limpia el hollín del rostro con la manga de su mono. Tiene unos treinta años más que Renée. La joven está segura de que la supervisora podría aplastarla con su dedo meñique si se lo propusiera.

—¿Qué traes para mí, encanto? —pregunta Jimena con ternura.

Renée toma aire y procura transmitir el mensaje de la manera más literal posible:

—En Milicia solicitan cinco nuevas armaduras. Tendrían que estar listas para mañana por la mañana.

Jimena desdibuja su sonrisa.

—El abordaje es dentro de tres días. ¿Por qué tanta prisa?

—No lo sé. Solo soy la mensajera.

—Lo tendrán pasado mañana por la mañana —informa la supervisora—. Tenemos más encargos pendientes en estos momentos.

Renée carraspea. Sabe que no le va a gustar lo siguiente que va a decir.

—Ordenan máxima prioridad.

—¿Lo ordena Mamá?

—No, lo ordena...

—Entonces, estarán pasado mañana —reitera Jimena—. Los otros encargos son de Mamá. Supongo que no quieren cabrearla. —Parece

estar dispuesta a retomar su trabajo—. Pasado mañana por la mañana. Haz llegar el mensaje a Milicia.

Cuando la verja se cierra, Renée sigue en la misma posición y la pantalla de Geary muestra un icono de una boñiga. Ser mensajera puede llegar a ser un poquito frustrante.

Todas las luces de Casiopea se encienden al caer la noche. Renée entra en el comedor y busca con la mirada a Yvonne y Arjan. Los localiza al fondo de sala y empieza a esquivar a los demás tripulantes novatos.

Arjan se levanta y la abraza.

—¿Cómo está la mensajera más guapa de Casiopea?! —exclama después de besar sus labios con ímpetu.

Arjan es el novio de Renée. Trabaja en Enfermería y suele recibir a su pareja siempre con el mismo entusiasmo, como si no se vieran varias veces al día.

—Renée es la única mensajera de Casiopea —apunta Geary.

—Cállate, saco de tuercas —gruñe Yvonne. Luego se dirige a Renée y Arjan—. ¿Tengo que ver todos los días cómo os coméis los morros vosotros dos?

—No seas celosa —le dice Renée con tono burlón—. Si quieres puedes comerme los morros tú también.

Yvonne finge una arcada.

—¿Después de que hayas besado a Arjan? Prefiero lamer la rueda de Geary después de haber pasado por encima de tres vomitonas.

—No eres mi tipo —dice el robot—. A Geary le gustan más las cosas que hacen pitiditos y zumban. Eso sí que es *sexy*.

Varias hileras de mesas paralelas se extienden a lo largo del comedor con bancos a ambos lados. Las raciones de gachas ya están servidas y los novatos ocupan los huecos frente a los platos.

Yvonne y Geary se colocan a un lado y Arjan y Renée, delante de ellos. El robot no come, así que aparta el plato y muestra en su pantalla un solidario «ñam, ñam».

—He estado toda la jornada yendo de Milicia a Herrería y viceversa —cuenta Renée—. Están alterados por el abordaje a Scorpius.

—No sé por qué se preocupan tanto —opina Arjan mientras contempla su plato con avidez—. Sabemos que los triplicamos en número. Ni siquiera tienen guerreros de verdad. Están condenados.

—Yo tampoco lo entiendo. —Renée no suele quejarse de su trabajo, pero hoy ha sido realmente desesperante—. Ah, Yvonne, no he llegado a entregarte el mensaje de Kwan. Me ha dicho que morderías el polvo.

—Pues le he ganado en menos de un minuto —informa ella—. Ya sabes, pájaro graznador...

—Era previsible.

Yvonne trabaja como luchadora. Cada pocos días se enfrenta a un rival en un combate uno contra uno. A Renée le encanta verla pelear, porque puede tumbar a tipos el doble de grandes que ella. Yvonne también es alta y musculosa, pero además se mueve con una excelente agilidad contra la que ningún luchador cuya única apuesta es la fuerza bruta tiene nada que hacer. Siempre viste con tirantes, incluso en los meses más fríos. Tiene el pelo corto y oscuro, y suele usar fijador para que se quede hacia arriba y no le moleste al pelear. Lleva varios pendientes que se quita ritualmente antes de cada combate y posee una mirada esmeralda que siempre parece amenazante.

Nadie empieza a comer. Que las gachas todavía borboteen y humeen no es la razón. No se come hasta que acaba el discurso de Mamá. La mayoría de las veces lo da por megafonía, pues los veteranos cenan en otro comedor.

En Casiopea no hay pasajeros. Todos desempeñan un trabajo útil, así que a las personas que habitan aquí se las denomina «tripulantes». La clasificación de los tripulantes es sencilla: los veteranos son los mayores de edad y los novatos, los menores.

Renée, Yvonne y Arjan tienen dieciséis años y empiezan a ver al resto de novatos demasiado pequeños. Los más jóvenes suelen contemplar con asco los gestos cariñosos entre Arjan y Renée.

—Buenas noches, mis nubes —se escucha por megafonía.

Mamá ha comenzado su discurso. Arjan manda callar a dos muchachos que se sientan junto a él y están riéndose a carcajadas.

—¡Buenas noches, Mamá! —dicen todos los novatos al unísono, aunque ella no puede oírlos.

—Hoy os habéis portado todos muy bien. Cada engranaje ha girado en la dirección correcta y la maquinaria de nuestra comunidad sigue funcionando. Estamos más que preparados para el abordaje a Scorpius y estoy segura de que, gracias a vuestro esfuerzo, conseguiremos todos los recursos que necesitamos para seguir creciendo. Quiero que todos aplaudamos como agradecimiento a esos veteranos que tanto nos ayudan.

Todo el comedor estalla en aplausos y vítores.

—Como si no curráramos todos —murmura Yvonne.

—No rechistes a Mamá —la regaña Renée.

—Estoy muy orgullosa de vosotros, mis retoños. No olvidéis que Mamá os ama, a todos y cada uno de vosotros. —Lanza unos sonoros besos—. Sigamos trabajando para que el cielo sea nuestro. Que aproveche. Casiopea, fuerte como una tormenta y resplandeciente como una estrella.

—Casiopea, fuerte como una tormenta y resplandeciente como una estrella —repiten los novatos.

Arjan y Renée comienzan a engullir sus gachas sin más demora. Yvonne se queda mirando su plato.

Las gachas son el alimento básico de los novatos. De hecho, son el único. Las comen todos los días, pues Mamá asegura que proporcionan todos los nutrientes necesarios para su rutina. Y tiene razón, ya que no son solo gachas, sino que contienen muchos ingredientes triturados que, en su conjunto, abarcan todos los grupos de alimentos.

—No estás comiendo, Yvonne —se percata Renée.

—No tengo hambre —contesta, apartando su plato hacia Arjan.

—Tu alimentación es necesaria, humana —apunta Geary—. Tienes que estar fuerte para luchar mañana.

—Ya he comido gachas antes del combate de esta tarde —asegura Yvonne.

—Oh, ya entiendo. —En su pantalla muestra un pulgar levantado—. Muy bien.

Arjan coge el plato de Yvonne y lo vuelca sobre el suyo.

—Entonces, si no te importa, ¡hoy cenaré doble ración!

—Vas a empacharte, Arjan —dice Renée con la boca llena.

—Son los nervios. Tranquila, lo quemaré rápido.

Renée arquea una ceja, confusa.

—No te rayes. No habías llegado cuando lo ha contado —explica Yvonne con desgana—. Mamá lo ha citado en la Sala Real después de la cena.

La mensajera deja caer la cuchara y mira incrédula a su novio.

—¿Por qué tú? —no puede evitar preguntarle—. No lo entiendo. O sea, eres enfermero y tu trabajo es genial, pero no sé de qué puede querer hablar contigo. ¿Por qué no cita a uno de los veteranos de Enfermería?

—Yo tampoco lo sé —aclara Arjan—. Será la primera vez que hable con ella cara a cara. Me da un poco de respeto.

—Mientras a ella no le comas los morros... —murmura Yvonne.

—No tiene gracia. Has sido grosera con Mamá —la corta Renée.

—Creo que Yvonne ya lo sabe y le da igual —interviene Geary.

—Bueno, pero ella no lo ha oído, ¿no? —se defiende la luchadora.

Arjan carraspea, algo molesto por cómo se ha desviado el tema.

—¿Vosotras habéis hablado alguna vez con Mamá? Quiero decir... en persona.

—Sí, envía y recibe mensajes constantemente —responde Renée un poco airada.

—No lo sé. No me acuerdo —dice Yvonne.

—¿Cómo no vas a recordarlo? —pregunta Renée, que no da crédito a la actitud de Yvonne de esta noche.

—Y yo qué sé, Renée. No me parece tan raro.

—¿Y es amable? —quiere saber Arjan.

Renée no puede creerse lo que está escuchando.

—¡Pues claro! Es Mamá. ¿Qué demonios os pasa?

—Ya ha dicho tu novio que está nervioso, joder. —Yvonne se pone de parte de Arjan, y es tan insólito que sorprende a los tres—. Le dices que sí, lo dejas tranquilo y él sigue comiendo su ración doble. A veces tu adoración incondicional por Mamá es ridícula, Renée.

Geary muestra unos ojos tristes en su pantalla. Renée se come la última cucharada de su plato y se levanta. Da un beso en la mejilla a Arjan, que sigue devorando.

—Mucha suerte con Mamá. Seguro que te irá bien —le dice sin volver a mirar a Yvonne.

La mensajera se marcha del comedor con un nudo en el estómago. Escucha la rueda de Geary detrás de ella. A Renée no le gustan las discusiones y siempre se retira cuando hay salidas de tono en la conversación.

—Estaba un poco tensa, ¿no crees? —Geary rompe el silencio.

—Mañana será otro día.

Podría decirse que es la frase recurrente de Renée. La suele utilizar para referirse a que, cuando despierte, los problemas habrán desaparecido y todo volverá a la normalidad.

Lo que Renée ignora es que tiene más razón de la que cree. Esta es la última vez que verá a Arjan. Ni siquiera lo recordará mañana. Será como si su novio jamás hubiera existido.

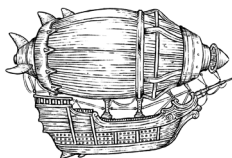
Pero no importa. La vida seguirá con naturalidad en Casiopea.

Fuerte como una tormenta.

Resplandeciente como una estrella.

2

LA RADIO



Pierre camina por el puente Saint-Michel con dos bolsas de tela en los hombros cargadas hasta los topes. Ha hecho la compra semanal mientras Gaspard seguía tanteando la radio en casa.

El río Sena hoy luce un tono más oscuro de lo habitual y su caudal ha disminuido. Pierre contempla el Petit Pont Cardinal Lustiger abarrotado de turistas dirigiéndose a la Nueva Notre Dame y se alegra de no haber cruzado por él.

Está de mal humor porque no había queso azul del que le gusta en ninguno de los tres supermercados que ha visitado. Es consciente de que es muy caprichoso y Gaspard siempre bromea con que debe satisfacer sus antojos o el bebé les saldrá defectuoso. Ha acabado comprando otro que no le convencía y lleva todo el camino refunfuñando.

Se detiene frente a un escaparate y observa sus despeinados mechones naranjas en el reflejo. Cuando levanta la mano para recolocárselos, la bolsa del otro brazo se le resbala y cae sobre la acera, desparramando la mitad de su compra alrededor de él.

—¡La madre que me...! —grita, aunque no acaba.

Una joven se ha agachado y le ayuda a recoger la comida. Pierre rápidamente colabora, se pone de cuclillas y comienza a meter envases en la bolsa.

—Gracias —le dice Pierre—. Soy un manazas.

Ella sonríe mientras le entrega el último de los productos.

—Buen queso —opina.

Pierre finge una sonrisa.

—S , sí... —Se rasca la nuca y la ayuda a levantarse—. Me encanta.

— Vives por aquí? —pregunta ella—. No pareces francés. Por tu pelo, me refiero.

De pronto, se siente intimidado. Ella lleva unos segundos analizando los ojos claros y el pelo de Pierre, y ahora lo mira directamente a los labios. A él siempre le ha inquietado la gente que habla mirando a la boca, sobre todo porque sus dientes irregulares lo acomplejan desde niño.

—Dos calles más allá —responde, sin dar más información de la necesaria—. Soy pelirrojo y ya está.

— Yo también vivo ahí cerca!  Te acompaño?

La chica agarra la bolsa que se le había caído a Pierre y empieza a ech rsela al hombro.  l no la suelta y frunce el ceño sin dejar de fingir una sonrisa.

—No, en serio, no es necesario. Se me ha caído porque soy idiota, no porque no pueda...

—De verdad, no me cuesta nada...

— Que no, coño! —grita. Entonces se da cuenta de que ella se ha asustado. Intenta endulzar la voz de nuevo—. Que no hace falta, corazón. Esto es muy raro. Te agradezco que me hayas echado una mano, en serio. Que tengas un buen día.

Pierre da un pequeño tirón y ella por fin suelta la bolsa.

—Menudo borde. Estaba ligando contigo,  sabes? —gruñe la chica.

—Ya me he dado cuenta. No estoy en un buen momento. Que tengas un buen día.

 l se da la vuelta y echa a caminar con paso acelerado. Ese maldito pelo revuelto y llamativo siempre le trae problemas.

Cuando Pierre llega a su piso, gira la llave con dos dedos, rezando por que la bolsa que sujeta con los otros tres no se le vuelva a caer, y empuja la puerta con el puño.

—¡Adivina quién ha ligado otra vez! —dice al entrar—. Que sepas que tu novio, incluso despeinado, despierta en todo el mundo unas...

Gaspard levanta la mano pidiéndole que se calle. Está sentado frente a la vieja radio que compraron a precio de oro por internet. Apoya el micrófono en la mesa y desconecta los auriculares para que Pierre pueda oír lo mismo que él.

—He conseguido contactar —susurra Gaspard.

A Pierre se le desencaja la mandíbula y deja caer las bolsas. La comida sale rodando por el parque. Las articulaciones no le responden.

—¿Te refieres... a Perseo... otra vez? —musita Pierre.

—No.

—¡¿Has contactado con Casiopea?! —exclama con los nervios a flor de piel.

—Casi. Con Scorpius.

—¡Dentro de tres días se enfrentan a Casiopea! —Pierre abraza con fuerza a Gaspard y lo besa—. Podríamos llegar hasta ella.

Súbitamente, la voz de un chico joven suena por el altavoz.

—¿Sigues ahí?

Gaspard agarra el micrófono de nuevo y pulsa el botón para hablar.

—Sí, estoy aquí. Te presento a Pierre.

—Hola... —titubea—. Soy... Pierre. Encantado.

—Hola, Pierre. Yo soy Tristán —saluda el joven con mucha más serenidad—. Gaspard me ha dicho que Casiopea va a atacarnos. ¿Cómo lo sabéis? ¿Vivís en ese zepelín?

Pierre deduce que Gaspard todavía no le ha informado sobre dónde se encuentran. Esto va a ser duro.

Se aclara la garganta.

—Necesito que apuntes todo lo que te vamos a contar y lo guardes contigo, Tristán. No lo sueltes —le advierte.

—Tranquilos, lo recordaré.

—No, no lo recordarás —interviene Gaspard—. Te lo aseguro.

—Y yo os aseguro que lo recordaré. Sé lo que nos hacen. No sé cómo será en otras comunidades, pero a nosotros nos cantan una canción por megafonía todas las noches —explica—. A la mañana siguiente, despertamos y no recordamos nada. Solo sabemos lo que

tenemos que hacer, con quién debemos hablar y dónde están ubicados los distintos departamentos.

¿Una canción? ¿Será así como lo hacen en Casiopea? Gaspard y Pierre solo necesitan una mirada para saber lo que está pensando el otro: deben investigar si hay un sistema de amnesia diferente en cada zepelín.

—Está bien. ¿Podemos fiarnos de ti, entonces? —pregunta Gaspard con preocupación.

—Que viva en el almacén donde estaba esta vieja radio y donde no funciona la megafonía no es casualidad. Nadie sabe que estoy aquí. Así que decidme, ¿puedo fiarme yo de vosotros?

—Rotundamente sí.

—¿Y por qué no me decís dónde estáis?

Gaspard se levanta y cede el asiento a Pierre. Él ocupa su lugar y agarra el micrófono con pulso tembloroso.

—Esto te va a parecer imposible —comienza Pierre—. Es inconcebible para quienes vivís allí, pero tienes que creerme. Vivimos en tierra firme. En París, la capital de Francia. —Se seca el sudor de la frente con la manga del jersey—. Sé que es difícil de asimilar, Tristán. Tómate tu tiempo. Debes saber que no mentimos.

—Lo sé —responde él.

La pareja se mira y ambos fruncen el ceño con confusión.

—¿Lo... sabes?

—Hace tiempo que empecé a recordar —aclara Tristán—. Conforme pasaban los días sin escuchar la canción, los recuerdos volvían. Tenía padres. Vivía en un pequeño pueblo español. La gente caminaba por las calles, había vehículos, edificios, restaurantes, perros, gatos...

Gaspard ha empezado a dar vueltas por la habitación. Pierre respira entrecortadamente y siente que el corazón se le va a salir por la boca.

—Dios mío. Lo recuerdas.

—También recuerdo por qué estoy aquí, Pierre. De hecho, sé qué pretenden lograr con estos zepelines y los criterios que siguen para seleccionar a sus tripulantes.

—Y supongo que quieres salir de allí, ¿verdad? —pregunta Pierre.

—Es imposible —asevera Tristán—. La única manera de llegar a tierra es saltar por la borda, y sospecho que no sobreviviría.

Pierre se masajea las sienes, como si eso lo ayudara a concentrarse mejor. Bebe del vaso de agua de Gaspard.

—Hay una manera —contesta—. Aunque no puedes lograrlo solo. Si no vas a apuntarlo, memoriza todo lo que te voy a decir. Debes esperar a la batalla contra Casiopea y cambiar de zepelín. Busca a una joven mensajera llamada Renée y...

—¿Quién es Renée? —interrumpe Tristán.

A Pierre se le dibuja media sonrisa.

—Ella no lo recuerda, por desgracia. —Suspira—. Renée es mi hermana pequeña.